

18: AMÓS, EL PROFETA QUE INCORPORÓ LA JUSTICIA EN EL NOMBRE DE DIOS

No todos los personajes bíblicos comienzan siendo héroes. En verdad, uno de los grandes temas de la literatura bíblica es que son los pobres y los humildes los canales a través de los cuales Dios se revela de nuevas maneras. María, la madre de Jesús, lo dice en el Magníficat: "Porque Él se ha fijado en la humildad de su sierva", por eso las próximas generaciones "me llamarán bienaventurada". El profeta del Antiguo Testamento que hace concluyentemente real esta verdad es Amós. Hoy vamos a recordar su historia.

Amós era del reino del Sur, de Judá, en el siglo VIII a.C. Vivía en la aldea de Tekoa donde era pastor y cuidador de sicómoros, empleo que no requería especial preparación académica ni ninguna otra credencial que pudiera dar lugar a elevadas expectativas. En aquellos días, Uzías era el rey de Judá y Jeroboam II ocupaba el trono del reino del norte, Israel. Las grandes potencias de aquel tiempo estaban ocupadas en sus problemas internos y en los que tenían entre sí, de modo que los dos pequeños reinos judíos disfrutaban de un período de paz y de prosperidad. La distribución de la riqueza, sin embargo, era desigual en ambos reinos. Las ceremonias religiosas contaban con gran afluencia de público y la religión era muy popular entre los codiciosos que dominaban la situación social. Había, por tanto, una distancia considerable entre la teoría religiosa y la práctica. En más de un sentido, aquella situación no era muy diferente de la de hoy en EEUU, donde unos pocos han amasado gigantescas fortunas mediante la codicia y la manipulación de los mercados, y han creado una situación en la que los ricos se hacen cada vez más ricos, y los pobres cada vez más pobres, mientras, hasta hoy, entre nosotros, nadie relevante parece preocuparse por ello.

Esta dicotomía y desigualdad, sin embargo, ardían dentro de la conciencia de un sencillo pastor llamado Amós. Y dicho ardor no le dio descanso hasta que se decidió a denunciar aquel estado de cosas abiertamente. Entonces, empaquetó sus cosas y viajó desde Tekoa, en Judá, hasta el templo de Bet-el en Israel, donde pensaba dar su testimonio. Al llegar, entró en el patio de aquel lugar sagrado y sus sospechas se confirmaron. Vio a la gente que vestía lujosamente mientras atendía a las liturgias pero que ignoraba olímpicamente a los pobres, relegados fuera de las puertas de la ciudad. Amós se preguntó cómo atraer la atención y, como era inteligente, supo cómo hacerlo: apelando a los instintos de aquella multitud. Encontró un rincón en el patio, colocó allí una tarima, se subió a ella y luego, mediante uno de los trucos más viejos de la historia, empezó a atraer la curiosidad y luego la atención. Déjenme que recree esta historia.

"¡Acérquense!", gritó Amós desde su púlpito improvisado. "Déjenme hablarles de los pecados de los habitantes de la ciudad de Damasco". A todo el mundo le gusta escuchar chismes acerca de las debilidades morales de sus vecinos y Amós lo sabía. Así que, a medida que denigraba a la gente de Damasco, el número de sus oyentes fue creciendo. Luego pasó a juzgar a la gente de Gaza y después a la de Tiro, y la multitud, deleitada con la condena de las prácticas pecaminosas de ambas ciudades, aumentaba más y más. Y mientras, Amós continuaba diciendo cosas acordes con

sus prejuicios y críticas hacia los pueblos vecinos. Aquel sureño pueblerino y de extraño aspecto decía las cosas que a ellos les gustaba oír.

Llegado el momento, Amós pasó a apuntar a objetivos más importantes: su oratoria alcanzó nuevos niveles cuando se centró en las naciones que circundaban al reino del norte. Primero fueron los edomitas y sus pecados. Amós fue específico: habían perseguido "a sus hermanos con la espada, sin mostrar piedad, y habían permitido que apareciera el odio eterno" en su sociedad. La extasiada multitud empezó a gritar: "¡Así se habla, predicador!" y cada grito de ánimo atraía aún más gente. Después, habló de los amonitas. Según Amós, eran censurables "por haber reventado a las mujeres en cinta de Galaad, para ensanchar su territorio" (1: 13). Así, a medida que Amós fustigaba a aquellas naciones, la gente en torno a él rugía de aprobación y, cuando se volvió contra los impopularísimos moabitas, entonces estalló el frenesí de la multitud.

Entonces, Amós, con la multitud ya en la palma de la mano y pendiente de sus palabras por completo, bajó el volumen y les habló en un tenue susurro: "Déjenme que les hable ahora de los pecados de los judíos del sur". Ellos eran la competencia más directa de los del norte, aquellos con los que Israel tenía la más profunda rivalidad. Entre el norte y el sur, entre Judá e Israel, la rivalidad era como la que hay hoy entre Nueva Zelanda y Australia. En las vitrinas de los comercios de Nueva Zelanda, hay letreros que dicen: "los neozelandeses tenemos dos equipos favoritos: el *All Blacks* (la selección nacional) y cualquiera que juegue contra Australia". Escuchar la condena de los judíos rivales del sur era música celestial para los oídos de los judíos del norte. La gente continuaba aumentando y se apretujaba en torno a aquel mensajero extraño. Los judíos del sur, decía Amós, "despreciaron la Torah, no guardaron los mandamientos del Señor y sus mentiras los hicieron errar sin remedio". Pero la justicia del Señor es cierta y "el fuego de Dios devorará a Jerusalén". La audiencia estaba exultante y aplaudía feliz y entusiasmada. Nadie se movía y todos escuchaban al predicador, que se acercaba a su clímax. Aquel pastor desconocido estaba llegando a su objetivo, a lo que le había llevado, desde Tekoa, hasta la capilla del rey en Bet-el. Todo estaba listo y Amós prosiguió.

"Déjenme hablarles ahora de la peor gente del mundo", les dijo e hizo una brevísima pausa en la que la gente captó no saber a quién se iba a referir. "Ustedes, judíos del norte", les dijo entonces, "son los peores pecadores en el mundo de Dios". "Ustedes lo adoran ostentadamente en los santuarios pero venden a las personas honradas por plata y a los pobres por un par de zapatos. Pisotean al pobre en el polvo. Se violan unos a otros. Acuden a la oración y ante el altar con ropas robadas al trabajo de los pobres. Profanan los lugares sagrados y se emborrachan con vino comprado con multas e impuestos de los humildes. Corrompen a los santos y los animan a traicionar sus promesas, y hasta incluso eliminan y silencian a sus profetas". La multitud se había callado de repente y no había risa ya en sus rostros. Amós entonces habló del castigo que Dios les iba a enviar: "El juicio es inevitable", gritó. Su mensaje era devastador y, como la multitud seguía aún perpleja y tardaría un tiempo en recobrarle, Amós continuó: "La liturgia separada de la vida no tiene valor. La liturgia no es nada más que la justicia ofrecida a Dios, y la práctica de la justicia es la liturgia viva. Si el culto y la justicia están separados, la idolatría es resultado inevitable".

Era un mensaje bello y apasionado pero Amós y sus palabras dejaron de ser populares de pronto. Cuando sus oyentes se recuperaron lo suficiente como para responder, mandaron venir a Amasías, un sacerdote del templo de Bet-el, para que los defendiera, porque, como le dijeron:

"Amós ha conspirado contra ti y contra el país, y no podemos soportar sus palabras". Amasías, como portavoz de la religión establecida, no podía tolerar aquella interferencia en la liturgia de la capilla real. Por eso increpó a Amós: "Vidente, desaparece, vete a tu tierra de Judá y profetiza allí; pero no lo hagas más en Bet-el, porque es santuario del rey y capital del reino. Tus palabras no son bienvenidas aquí".

Pero Amós respondió a Amasías: "No soy ni profeta ni hijo de profeta. Soy pastor y cuidador de sicómoros. El Señor es quien me ha sacado de mi rebaño y me ha enviado a profetizar a la gente de Israel". Y una vez más repitió sus acusaciones: "Los cánticos de tus lugares santos no serán más que gemidos ante el Señor. No puedes adorar a Dios mientras engañas y estafas a los pobres. No puedes sacar dinero de los pobres con malas artes, sólo para llenar tus bolsillos con codicia. Dios convertirá tus fiestas sagradas en gemidos y tus canciones piadosas en lamentos". La predicación de Amós era más de lo que aquella gente podía tolerar y por eso expulsaron a Amós del santuario, de forma violenta. Rechazado y frustrado, el hombre regresó a su humilde vida en Tekoa. En su exilio, puso por escrito su mensaje profético, conocido después como "las palabras de Amós, el profeta". Con el tiempo, todos los judíos entendieron que sus palabras contenían verdades trascendentales y por eso las agregaron a sus textos sagrados y las leyeron en sus ceremonias, en templos, sinagogas y lugares santos, por siglos. La gente reconocía la "Palabra de Dios" en las palabras de Amós. Mediante este proceso, Dios fue redefinido como Justicia, ya para siempre. Después de Amós, Adoración y Justicia ya nunca más estarían separadas para el judaísmo verdadero. La liturgia, según lo sugerido por Amós, sería la justicia humana rendida a Dios, y la justicia entre los hombres sería la expresión de la verdadera liturgia divina. En este contexto, "Justicia" pasó a ser otro nombre para Dios.

La acción de los profetas, en el transcurso de la historia de los judíos, tanto del norte como del sur, fue, sobre todo, la de redefinir a Dios. Los escritos de Oseas hicieron que el amor fuera un nuevo nombre para Dios. Y los escritos de Amós hicieron que la justicia fuera asimismo un nuevo nombre para Dios. Los profetas son importantes no porque fueran capaces de predecir el futuro, tal como se nos enseñaba antaño a muchos, sino porque fueron capaces de ahondar muy significativamente en el significado de Dios. Más que nadie, los profetas hicieron posible que, unos 800 años después, muchos vieran y escucharan la presencia de Dios en la vida de un crucificado cuyo nombre era Jesús de Nazaret. La vida de Jesús apunta a un Dios en cuya forma de ser son capitales la dimensión del amor, que Oseas había señalado, y la dimensión de la justicia, que Amós había indicado. De todo ello resultó un nuevo nivel de conciencia en el que la divinidad y la humanidad fluyen juntas, como un todo.

La historia bíblica nunca fue estática, ni tampoco lo es el entendimiento humano de Dios. Es idolatría y falta de fe creer que toda la verdad ya ha sido revelada y que alguna institución la posee.

– John Shelby Spong